

LOS EDUCADORES NO SE OLVIDAN DE LOS OLVIDADOS



Alberto Gárate Rivera

Colección “Educar desde el espacio que elegimos”

*Escribir es un oficio que se aprende, pero
que nadie puede enseñar.*

Carlos Ruiz Zafón

Los educadores no se olvidan de los olvidados

Texto de Alberto Gárate Rivera
Edición y formación de Néstor de J. Robles Gutiérrez
Fotos de portada y página final: Omar Martínez
Foto de interior: Víctor Medina

Colección “Educar desde el espacio que elegimos”
Programa Editorial del CETYS Universidad
Mexicali, Baja California, México
Edición digital, mayo de 2020

www.cetys.mx/programa-editorial/
programa.editorial@cetys.mx

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



Darí la impresión que de las cenizas que produce el fuego, surge un país inventado, una suerte de mundo de seres inspirados. Y es que lo único que cabe, entre tanta complejidad y en ese sitio de desiguales, es inventarse. El educador es lo que hace: se inventa un mundo paralelo y desde él actúa, sin importar un fracaso, u otro, u otro, luego aparece el éxito, el logro.

Me niego a buscar los grandes relatos para sustentar un planteamiento como el anterior. Más bien los argumentos de peso hay que buscarlos en el día a día, en esos profesores que son movidos por una vocación irrestricta. Por ejemplo, en Filemón, un maestro de una escuela indígena que en sus primeros años de docente abría los ojos con azoro, y desde ellos veía que el contexto cultural del mundo indígena le arrebatava a sus alumnas de sexto año que preferían a un hombre que a los libros. Las niñas se hacían mujeres y una de esas tardes de viernes dejaban los cuadernos en su mesabanco y ya no regresaban más. Filemón sufría las pérdidas, las rumeaba cada que regresaba a casa; pensaba en ellas al momento de preparar su planeación de clases para

la próxima semana. Hasta que le encontró el modo de que no se le fuera una más o, más bien, que se quedaran algunas. Fueron sus modos, que no se parecerían a los de otro maestro responsable.

Hay un relato grande, trágico y fantástico al mismo tiempo, muy alejado de estas latitudes del México de la frontera norte que preciso analizar. Si bien está en el otro extremo de lo cotidiano o, para ser preciso, de lo ordinario, me es necesario describirlo en este apartado. En estos días me he acercado a la vida de Malala Youzafzai por diversos medios. El primero es el libro que escribe con Christina Lamb (*Soy Malala*, 2013). Después navegué por Internet y seleccioné tres eventos en los que ella fue protagonista: la entrega del Nobel de la Paz en diciembre de 2014, apenas dos años después del atentado que sufrió a manos de los talibanes en su natal Swat, cuando tenía 15 años. Tres meses antes, acudió a un programa de televisión en Nueva York (*La entrevista por Adela*), donde habló de su familia, el pueblo, la educación de calidad y su nueva aventura en una fundación que lleva su nombre. El tercero fue su presencia en la ONU en octubre de 2017. Allí, en un auditorio atestado de adolescentes y jóvenes, Malala Yousafzai expresó la tesis que ha sido su bandera de lucha desde que recuperó la salud después del atentado:

Después del intento de asesinato de los talibanes, nada cambió en mi vida, excepto esto: la debilidad, el miedo, la falta de esperanza, murieron; la fuerza, el poder y el coraje, nacieron. [...] Un niño, un maestro, un libro y

un lápiz, pueden cambiar el mundo. La educación es la única solución, la educación es primero.

¿Qué hay detrás de esa mirada de una convicción incombustible? Una expresión de un sentido poético incluso ingenuo: “Mi padre no me cortó las alas y me permitió volar”. Lo expresó en el mensaje que leyó cuando le entregaron el Nobel de la Paz. “Somos una sola alma en dos cuerpos”, lo dijo su padre como corolario de la entrevista citada que le hizo la conductora mexicana Adela Micha a Malala, en septiembre de 2014.

Para mostrar el sentido de esperanza que genera la educación, y más concretamente el acto de educar, Malala en sí misma es un testimonio que ni los más ingentes críticos actuales de la crisis que viste el binomio familia-escuela, pueden refutar. Acaso la única hendidura que muestra la tierra fértil en la que se ha convertido su existencia, sea que ella es única, y que en su contexto hay cientos de niñas olvidadas que se les niega el elemental derecho de ir a la escuela, y entonces los críticos tendrán razón al señalar que el sistema social y económico sigue imponiendo condiciones de desigualdad, lo cual es inobjetablemente cierto. Sin embargo, Malala revalida al mismo tiempo la original manera de romper con el círculo de la precariedad, una fórmula secreta que se ha vuelto pública a raíz de su determinación y de su permanente inconformidad por la vida que padecían cientos de niñas en el entorno donde ella vivía. Esa adolescente precoz combinó a la perfección los tres ingredientes vitales: una familia formadora, una escuela

que construye la esperanza y un talento personal descubierto y potenciado, en el caso de ella, al máximo nivel.

Describamos algunos elementos del contexto para poner en el justo nivel el pensamiento de esta mujer. Su infancia y adolescencia se desarrolla en un ambiente de terrorismo. Los talibanes de Afganistán habían llegado a Pakistán en los primeros años del siglo XXI y buscaban por todos los medios imponer su ideología. Generaron un desastre en las relaciones sociales y una destrucción que parecía perpetua. Cientos de edificios fueron destruidos a semejanza de lo que hicieron los conquistadores europeos en las culturas precolombinas, enfocando sus armas mortales a lo que les parecía lo más amenazante: los templos ceremoniales los europeos y los centros escolares, los bárbaros de este siglo. Un ambiente donde la escuela deja de ser un derecho para convertirse en un delito. Entonces la mayoría claudica, da pasos para atrás, se vuelven pequeños y se retiran a sus casas, casi todos, el padre de Malala, Ziauddin Yousafzai, no. Él sabía por experiencia propia lo que significaba la educación, aún más, Quijote como era, crea una escuela con apenas cuatro alumnos, el Colegio Khushal, en Mingora, la principal ciudad del valle de Swat. El colegio va dando tumbos, como los moribundos que se niegan a caer en medio del camino polvoriento. Por momentos da pasos y llega a un árbol que le ofrece algo de sombra y en otros, el polvo árido cubre todas las paredes de ese colegio precario. Pero Ziauddin se mantiene, incluso ante el nacimiento de su primer hijo, que fue mujer: Malala. En la cultura de ese

país (formas de vida y religión), la fiesta no iniciaba, nadie expresaba una alegría festiva cuando el primogénito era mujer, Ziaduddin sí. El hombre no se arredra y en su proyecto de vida ve a Malala acudiendo al colegio, presta para aprender a leer y escribir, cosa que no hizo su esposa. Todavía más, se sueña siendo padre de una doctora prestigiada.

Malala no fue hija de un genio; no leyó todos los libros que había en una biblioteca vasta en obras literarias; no fue hija de un matrimonio de científicos que le pusieron la ciencia bajo la almohada. Lo festivo de esta historia es que la niña fue como tantas otras que había en Mingora, con dos tres aparentemente sutiles diferencias:

a) Un padre educado, creyente de la educación y de la religión, que vivía en la pobreza y endeudado permanentemente por mantener el sueño de tener una escuela, comprensivo y amoroso, inconforme con el establishment que relegaba a las mujeres a las deterioradas paredes de las casas. Eran las niñas, por el solo hecho de ser mujeres, el grupo olvidado. Su convicción y determinación fue empoderando discursivamente a Malala.

b) Una madre analfabeta pero intuitiva; una madre que se guardaba en un llanto de soledad sus miedos profundos cuando veía que en Malala crecía esa ola gigantesca de la inconformidad y la protesta; una madre paciente, silenciosa, pertinaz, que obligó a la hija a decir siempre la verdad, al menos a intentarlo. Y dejarla hacer en las condiciones de represión y de ausencia de voz para las mujeres, era ya un pasaporte para transitar por las creencias sin fronteras ni muros.

c) El tercer factor es de Malala completamente. Si bien el padre la pulió con toda paciencia, también lo es que sus dos hermanos menores no alcanzaron ni la claridad, ni la energía, ni la terquedad de esa niña adolescente que mandaba discursos incendiarios en la clandestinidad de las redes sociales en contra de los talibanes y a favor de las niñas desprotegidas. Su creencia por todo lo bueno que podría traer la escuela a los niños era alimentada por su padre en cada palabra que expresaba, y después, cuando fueron expulsados los talibanes del valle de Swat y ella salió de su clandestinidad apenas a los doce años, el asalto a los podios de los centros escolares y de las plazas, fue ya irrefrenable.

El desprendimiento sobre el resto de las niñas de Mingora y la singularidad de Malala radica en su talento. No me refiero a la genialidad intelectual, esta nunca fue extraordinaria. El talento en ella se expresó a través de su carácter. La convicción de estar tras la búsqueda del bien común, el gusto cultivado en las habitaciones de su casa y en el colegio por descubrir y aprender cosas. Tampoco encontramos en su biografía profesores apasionados, reales educadores. Ella abrevó del bosquejo de mundo que su padre le dibujó y con eso fue suficiente para que la resolución no la dejara un solo día. Siempre tuvo hambre de aprender, de educarse, de ir a la escuela. La ruptura con las otras niñas del colegio y los cientos de olvidadas inició a los doce años, edad a la que el profesor Ziauddin, su padre, la llevaba a que hablara en los eventos públicos en pro de las niñas y de la educación. Hacía eso al mismo tiempo que iba al co-

legio y aprendía, se divertía, y competía con sus amigas para ser la mejor del grupo. Traspasando esa línea que es tan común en un alumno de primaria o secundaria, ella soñaba en que la vida era mucho más que casarse a los trece años. Si eso estaba en su cabeza, ¿cómo privar de ese sueño a muchas niñas?

El porqué de esa necesidad no se explica en sus discursos, simplemente podemos advertir que estudiaba con sus compañeras porque tenían grandes ilusiones por el futuro y, de alguna manera, a sus doce, trece años, como una gran infinidad de niños, quería que sus padres estuvieran orgullosos.

Los talibanes, con su violencia desmedida y su intento de asesinato, crean a la Malala pública. En ese momento ella deja de ser un testimonio empírico de esa combinación poderosa de una buena familia, una escuela que cumple con su tarea formadora, y un sujeto que puede potenciar sus talentos. Ella vuelve a nacer después de sobrevivir a tres balazos a quemarropa, y renace en un país que no es el suyo, en un ambiente que le es desconocido y con un rostro cuyo ojo izquierdo pierde ese brillo de adolescente. Nace una nueva Malala a los quince años y su lucha alcanza una tesitura que la lleva a ser una figura pública de carácter internacional.

Un silencio reverencial está instalado en el Olso City Hall. Malala no está arengando a niños, niñas y maestros de los colegios de Mingora, tampoco tiene doce años. Esta vez hay adultos, intelectuales, la realeza de

Noruega. Ella tiene 17 años y está frente a la historia. Recibe el Nobel de la Paz junto con el hindú Kailash Satyarthu, un feroz defensor de los derechos de los niños. El silencio reverencial es su inspiración, eso lo intuye desde la experiencia que le ha dado esos dos años en los que regresó al mundo y lo ha recorrido como una novedad diaria. Mueve las manos, agudiza la mirada, se acomoda la tradicional *duppatta* rosa (pañoleta que lleva en la cabeza), ve hacia el auditorio y sus palabras salen libres de su boca: “Podía haberme quedado callada y dejar que me mataran, o bien, levantar la voz, y eso hice”. El público se pone de pie y aplaude. Y es que las palabras tienen una poderosa dosis de congruencia. Ella no altera su rostro, mantiene la mirada apacible y determinada. Probablemente no esté viendo a la realeza sino a las niñas olvidadas del valle de Swat. Después de la pausa sale un nuevo torrente de palabras, con tal seguridad que hasta parecen acompañarse de un ligero tinte de arrogancia: “La educación debe ser para los niños olvidados. Hoy debe ser el último día que se le niega la escuela a un niño”.

Su padre, el luchador creyente en la educación, el hombre que murió con Malala y renació con ella, el que dice que son *un alma en dos cuerpos*, no se pierde una sola frase. Sus labios tiemblan o quizás se mueven acompañando las palabras de Malala; su barbilla asciende y desciende de forma incontrolable. El profesor Ziauddin Yousafzai, un educador que acogió a sus estudiantes, que educó desde el testimonio, que leyó como ninguno la vulnerabilidad del contexto y supo crear una

pedagogía desde la experiencia de los otros, no puede evitar que su cuerpo se invada de una emoción indescriptible. Su niña con alas está sacudiendo al mundo con las palabras llanas, directas, profundas: "No es mi voz, solo mi voz", concluye Malala con una pasión que llena de energía el ambiente, "soy la voz de 66 millones de niñas a las que se les niega acceso a la escuela". El profesor Ziauddin se deja caer en la butaca. El orgullo hace que su cuerpo se sacuda.

Es cierto, los discursos de Malala están cargados de idealismo; es cierto, nunca se pregunta para qué darle educación a un niño olvidado, es probable que en la frase misma está la intención: para sacarlo de la oscuridad; y es cierto, con su esfuerzo podrá sacar a algunas niñas del olvido, pero miles permanecerán en las tinieblas, quizás por eso ella misma reconoce que "No es hora de dar pasos, es hora de dar saltos".



En el Cañón del Sainz no hay Malalas

Marco Antonio es un profesor de una escuela secundaria que está ubicada en la zona geográfica de la ciudad de Tijuana conocida como Cañón del Sainz. Un profesor joven, con menos de 10 años ejerciendo su actividad en el magisterio, de formación filósofo. Su mirada crítica sobre la educación y la escuela la veo como necesaria para presentar un contra balance al discurso de optimismo crítico en acción de Malala y su padre. Marco Antonio ha trabajado junto con otros profesores en un proyecto de investigación sobre la desigualdad social y la educación en ambientes vulnerables de Tijuana. Producto de ello el libro *La educación en la frontera vulnerable* (Salazar, López y Robles, 2019). Su tesis es que la escuela reproduce la desigualdad económica y que, a lo sumo, los pocos que se logran escapar (al estilo del cangrejo que busca salir del balde) de esa fatalidad, se convierten en una carne calificada para las empresas neocapitalistas. Según él, salen del cañón solo para seguir atrapados en un cañón de tentáculos más largos.

No hay misterios ni novedades en el perfil de los que habitan el Cañón del Sainz. La escolaridad promedio de los adultos es la secundaria, abundando los desertores del bachillerato, de la secundaria misma y algunos más con primaria incompleta. Con ese nivel de escolaridad, el tablero laboral no se sale de la regla. Abundan en el sitio trabajadores de las maquiladoras, comerciantes ambulantes, vendedores de frutas, agua, baratijas, trabajadoras domésticas, albañiles. La composición familiar también está pintada

en ese lienzo precario: muy probablemente cinco de cada diez niños viven con padre y madre, el resto, solo con uno de ellos o con los inefables abuelos. Ese lienzo claramente refleja la desigualdad social en su expresión de pobreza, sin embargo, matizo: el nivel de desigualdad no es extremo, los habitantes del cañón no viven en situación de pobreza extrema, su casa no es la calle. Tienen un ingreso, aunque sea marginal, y un sitio donde dormir todos los días, con agua potable, luz eléctrica, drenaje, acceso a través de calles, algunas pavimentadas, otras no. Tienen su espacio de vida aunque lo deban todo. Subrayo: no son habitantes de las banquetas o de los rincones de los puentes de la ciudad, si lo fueran, ni cien Malalas, con solo pensar en la escuela, pudieran enderezarles el destino.

Marco Antonio intenta explicar lo que ahí acontece:

—Así como muchas zonas de Tijuana, con la industrialización de la ciudad, las primeras familias que habitaron el cañón se vieron obligadas a cambiar. Pasó de ser un sitio de rancherías en las que se vivía pacíficamente, a convertirse en un espacio urbano marginal. Se ha vivido una metamorfosis, en el cual aquel rancho inmigrante pasa de tener una vida sencilla a verse obligado a incorporarse a la sociedad capitalista-industrial. Pasar de vivir “bien” a ser “pobre”.

El cañón, esa cicatriz geográfica de la ciudad no crece en tamaño, sí en habitantes. Las empresas constructoras llegan y llenan los espacios vacíos con nuevos fraccionamientos. Casas muy pequeñas, una junto a la otra, como si fuesen una línea de producción estandarizada. Crecen las necesidades, la violencia, la inseguri-

dad, la desconfianza. La calle ya no es el patio grande de los vecinos, sino el sitio oscuro donde acecha el peligro en cada esquina.

—El crecimiento de la colonia empujó a las personas a buscar cosas mejores —afirma el joven maestro—. Un estado constante de búsqueda. Una búsqueda por algo mejor. La escuela llega con una promesa, como esta solución a esos problemas: “Estudia para que puedas salir adelante, ¡para de sufrir!” Sin embargo, no hay una creencia en la educación. Envían a sus hijos a la escuela porque no quieren que terminen como ellos. No quieren que ellos sean discriminados. Hay una contradicción entre ese deseo y la realidad. ¿Cómo se puede pensar con tranquilidad en la escuela si se está preocupado porque cualquier lluvia puede tumbar tu casa? Vas caminando por la calle y ves por doquier *diablitos* para robar luz. ¿Qué tipo de educación esperas que tenga un alumno? Fuera solo eso, frecuentemente las madres llegan de trabajar de la maquila con el nuevo novio a un lado, y ahí en el descubrimiento de una casa de uno o dos cuartos, tiene relaciones sexuales. ¿Qué valores les enseñas?

Habría que tomar un taxi colectivo desde el centro de la ciudad (las famosas calafías) y después de un largo trayecto que se extiende más allá de los 45 minutos, se avizora el sitio que parece no ser. Las calles torcidas, los altos de disco colgando de los postes de la luz y alguno que otro semáforo son solo decoración. Allí los autos no se detienen y los policías no detienen a los choferes. En tiempos de lluvia se instala el apocalipsis. El agua se apodera de todo y su rival manifiesto son los

rezos fervorosos de las mujeres que se agarran de las frágiles paredes de sus viviendas para que éstas no se vengán abajo. Los arroyos son los señores feudales del cañón. Las familias miran para todos lados y se preguntan cuándo saldrán del inframundo. Luego escampa el cielo y lo que sigue es el recuento de los daños. Y nadie se va, muchos no porque tengan arraigo, sino porque no tienen a dónde ir, además, si abandonan, la vivienda dejará de ser suya. Siempre hay fantasmas que acechan las pertenencias ajenas.

—Y en ese mundo de un terrorismo diferente al de los talibanes, pero desgarrador de otras maneras, me pregunto qué pasa con la escuela —reflexiona Marco Antonio—. Y de pronto me vienen a la memoria los planteamientos de Dubet y Martucelli (1997) cuando establecen que escuela tiene cada vez más semejanza a un “mercado”. Un mercado en el que uno es capaz de escoger quién quiere ser. Una fábrica de ilusiones. Un mundo de identidades en el cual el consumo es el sentido verdadero. Estudiar para tener un trabajo. Para vivir mejor. Tener una mejor casa, un mejor auto, mejor seguro; tener buenas vacaciones, que no falte el alimento, para ti y tus hijos; crecer, consumir y morir. Esa es la promesa. Lo único que queda es escoger en el pasillo del mercado como lo vas a consumir: ¿serás doctor, literato, mecánico, secretaria, chofer, etc.? El papel que juega la escuela en este lugar es fabricar aspiraciones. Presentar otras formas de identidades de las cuales las personas pueden ser parte. Como un trapo mojado exprime a los mejores. A aquellos que están dispuestos

a sacrificar su tiempo por otro estilo de vida. Familias que aspiran a la exclusión, como muchas otras que viven en mejores sitios que el Cañón del Sainz, ¿Por qué no aspirar, aunque sea una quimera? Ahí no se educa, en el mejor de los casos, se instruye para buscar una mejora económica, y nada más.

No me gusta la afirmación de Marco Antonio de que en ese contexto no se puede educar. Mantengo la pregunta porque no me gusta su respuesta, y no porque le falte razón, por encima de ella me digo que debe de haber algo más. Lo predeterminado, lo que se supone que va a ocurrir porque no hay posibilidades de cambio, no cabe cuando alguien construye un espacio para educar, para la buena educación, y no hace falta un padre como el de Malala para que eso ocurra. Más bien Marco Antonio no ha pasado de la piel y eso es lo que lo vuelve escéptico. Tiene que regresar al concepto original del sustantivo educación y apropiarse de él; tiene que hacer una hendidura y meterse a la historia singular de los sujetos, y luego, apenas se sacuda con ese mundo, debe empezar un real proceso de educar. Debo responderle a este joven maestro desde tres aspectos constitutivos de la pedagogía de la alteridad. Los españoles Pedro Ortega y Ramón Mínguez, pioneros en el discurso de la pedagogía de la alteridad y el que escribe, hemos sostenido durante estos primeros meses del año una comunicación epistolar electrónica a propósito de los conceptos que hay que reafirmar en este discurso. Pedro discurre sobre el papel de la narrativa:

Lo primero: No cabe la posibilidad de educar si no es en un contexto o circunstancia que dé cuenta de quién es el otro a quien se pretende ayudar en su proceso de construcción personal. Sin circunstancia no hay existencia humana, y tampoco educación; siempre se educa a *alguien*, sujeto *histórico* que vive necesariamente en *una* circunstancia o situación, y el que educa lo hace desde una determinada concepción de ser humano (Pedro Ortega, comunicación personal, febrero de 2020).

El contexto, en esta expresión, va mucho más allá de ser un recurso didáctico (que también lo puede ser). Es más bien el texto que el pretexto, donde se inicia verdaderamente el proceso de construcción personal. En ambientes como el Cañón del Sainz, cabe el fatalismo por la violencia, el robo, la desintegración familiar, la orfandad ante la lluvia, los temblores, la dolorosa impunidad y la corrupción que no se inventaron allí, pero que sus habitantes lo viven como actores y víctimas. Si esas son las circunstancias, ¿no hay otras? ¿No hay, en los miles de familias que ahí habitan, cientos en los que el padre asume su responsabilidad y trabaja, lo mismo que la madre, y no saben de violencia y sí de cariño y de abrazos? ¿No hay en el cañón familias solidarias, desprendidas, que ayudan a otras? ¿No hay algunos albañiles, mecánicos, plomeros decentes que hacen muy bien su trabajo? ¿No hay algunas familias que no roban la energía eléctrica, que sí pagan los servicios públicos? ¿No hay madres de familia que sí van a la escuela a exigirles a los directores y profesores que no falten a sus clases y que enseñen a sus hijos de la mejor manera po-

sible? Ese también es el contexto y esas también son las circunstancias. Marco Antonio, desde el discurso actuado de la desesperanza, no alcanza a dejarse tocar por esas fibras.

Lo segundo. En el educador, en los términos que lo hemos planteado en este capítulo, le acontece algo que no ocurre en el resto de los profesores. Pedro Ortega lo plantea con estas interrogantes:

¿Qué ha acontecido en el educador que le ha hecho *salir de sí* para acoger al otro (educando)?, ¿cómo ha influido en el educador la acogida al otro?, ¿qué ha acontecido en el educando al confiar en el otro (educador), dejarse acoger y acompañar por él?, ¿qué ha supuesto en la vida del educando la presencia ética del educador?, ¿cómo discurre el proceso de acogida y acompañamiento al educando? Solo podemos afirmar que en la educación, como acto y como proceso, se produce un encuentro, *un acontecimiento ético* que marca el comienzo de algo nuevo (Pedro Ortega, comunicación personal, febrero de 2020).

En profesores como Marco Antonio no *ha acontecido* ese encuentro. No basta con hacer esta afirmación, sino realmente intentar responder a esta pregunta: ¿qué aconteció en el educador que le ha hecho salir de sí? Tenemos que buscar la respuesta en la historia personal, en la experiencia vivida. Y como hay que encontrarla en ese territorio único, es imposible encontrar un perfil ideal. Hay que buscar los signos de fractura y de recomposición de esa manera de estar, de creer y de actuar.

En algunos casos, el origen está en una vocación cuya raíz viene de la infancia y la adolescencia, en otros en el encuentro con un profesor que iluminó una parte desconocida del pensamiento.

No hay un patrón uniforme. Por ejemplo, el profesor Ramiro Ávila, uno de los académicos más relevantes de la pedagogía de las matemáticas en México, encontró el baúl de la fortuna en un mundo que él se fue inventando desde que impartió su primera clase en una escuela secundaria, cuando apenas salía de la adolescencia. Descubrió a esa edad temprana que los números están en todas partes y que hay que aprovecharse de ello para vencer las resistencias sin argumentos de los estudiantes. Fue a través de los números que abrió la puerta del encuentro con el otro, por su interés y su imperiosa necesidad de crear algo nuevo, aunque fuese una capacidad que ayudara a sus estudiantes a acudir a la ferretería para comprar medio kilo de clavos, o a sumar el costo del frijol, los huevos y la leche que debían comprar en la tienda de la esquina.

Ramiro trabajó ese nuevo comienzo como una responsabilidad de futuro. En él las matemáticas habían obrado una manera distinta de entender y vivir en el mundo y ese descubrimiento no podía quedarse solo para sí. A lo largo de los años tejió experiencias nuevas, más completas y refinadas cada que las vivía. Hizo de las matemáticas un juego y las llevó a una expresión didáctica de primer nivel. Y lo mejor de todo es que ha gozado con cada logro de sus estudiantes. Ese otro, muchos de esos otros que fueron acogidos por el profesor

Ramiro, le testimonian la gratitud por esa donación de vida que este educador ha hecho. Solo así se entiende que a los 75 años insista en impartir un curso de nivel bachillerato una vez al año. Ahí hay talentos –me dice para justificarse-, y hay estudiantes cuya orfandad de conocimiento nos demanda (Ramiro Ávila, comunicación personal, febrero de 2020). El educador que acoge al otro recupera a los olvidados, y hay que sentirlos en la sangre.

En el Cañón del Sainz hay muchos olvidados, ¿cómo te acercas a los olvidados? Aquí tenemos otra expresión crucial de la pedagogía de la alteridad. No descubres solo con la vista, o con estar en un salón de clases enseñando a leer a un niño, o tratando de interesar a los alumnos de quinto año con las imágenes de ríos, montañas y mares de otros países. Más allá de un estómago vacío o de un rostro con huellas de violencia familiar (física o psicológica), los adolescentes están en un salón de clases de una escuela secundaria en el Cañón y no es descabellado afirmar que, esperando, aun no sabiendo qué esperan. Pedro Ortega (Comunicación personal, marzo de 2020) otra vez nos muestra un sendero:

La narración nos desvela lo que hemos sido y hemos vivido, lo que somos y lo que hoy vivimos, la experiencia de nuestra vida. La narración es un libro que se abre para ser leído por otros. En ella la alteridad es despojada de su carácter genérico y abstracto para encarnarse en *alguien concreto*, con nombre y apellidos. Es su experiencia, su vida contada y la de sus compañeros, no la experiencia y vida de unos modelos ideales, traídos

de la leyenda y la literatura, la que se convierte en *experiencia ética*.

Señalamos a la narración como algo más sustantivo que un recurso didáctico. La narración es el puerto de contacto entre un obrero y un marinero. El primero no conoce el mar, pero conoce las plazas de la ciudad; el segundo es experto en las mareas y desde esa experiencia podrá compartir la riqueza que ofrece el océano. La palabra oral, y más profunda aún, la palabra escrita, es el punto de encuentro del educador y el estudiante. El primero entra al salón con su forma de vida por delante y la ofrece sin arrogancias ni intrincadas fórmulas.

¿Qué debemos aprender de los educadores? Algo como esto. En cierta ocasión, cuando estaba por finalizar la hora de recreo en una escuela primaria pública, una niña de quinto año que estaba comprando alguna golosina en la cooperativa escolar, vio que el director estaba hablando con la encargada. Cuando se dio cuenta que la conversación llegaba a su fin, se acercó a él:

—Profesor Rubén: mi mamá me dijo que si lo veía en el recreo, le preguntara dos cosas, ¿puedo?

—Claro que sí, Raquel, ¿qué quieres preguntarme?

—Ayer mi mamá le platicaba a mi papá que en la entrada de la escuela usted puso dos librerías y unas bancas. Ya nos explicó usted que lo hizo para que nuestras mamás leyeran algún cuento cuando estuvieran esperándonos, en vez de estar platicando chismes.

—¿Eso dije yo, Raquel? Qué buena memoria tienes.

—También mi mamá le decía a mi papá que en el recreo usted puso en esta explanada un taburete, un micrófono y un libro de cuentos y que el niño que quisiera leer en público, podía hacerlo siempre y cuando fuese hora del recreo.

—Así es, ¿y cuáles son tus dos preguntas?

—Es que mi papá le preguntó a mi mamá que por qué haría usted eso. Mis dos hermanos que están en la secundaria estuvieron en esta primaria y, según mi mamá, hubo antes de usted al menos cuatro directores. Ninguno hizo, cómo le digo... algo parecido.

—No sé si lo hicieron o no, pero, ¿cuál es la duda?

—Que mi papá le preguntó a mi mamá y ella no supo responder por qué lo hizo usted.

El profesor Rubén no le dio la respuesta a Raquel. Solo le dijo que le dijera a su mamá que en la próxima junta de padres de familia, él les compartiría un relato sobre ello. Esto fue lo que platicó:

—Ustedes me ven llegar a esta escuela con mi maletín, una ropa limpia y bien planchada, un carro no lujoso pero sí bien cuidado. Pensarán que tengo mucho dinero y que siempre lo tuve, pero no es así, ni lo tuve ni lo tengo, aunque para serles honesto, mi familia no pasa hambres y por fortuna mis hijos pueden ir a la universidad. No siempre fue así, de pequeño, me supongo que como en el caso de ustedes, nunca hubo un libro de cuentos en mi casa porque mi padre, albañil, plomero, herrero, todo al mismo tiempo, solo tenía dinero para comprar alimentos, y mi madre repartía el suyo lavando ropa, limpiando la casa, haciéndonos comida y evitan-

do los constantes pleitos entre los siete de sus hijos. Yo fui a la primaria, después a la secundaria y luego a la Normal, y los libros que leí estuvieron siempre en la biblioteca, no en mi casa. Y, ¿saben otra cosa?, era un estudiante muy tímido. Y eso me vino de una ocasión en que mi maestra de cuarto me obligó a recitar de memoria una poesía en la ceremonia del Lunes social, una poesía que se llama México, creo en ti, más larga que la cuaresma. Claro que al ver a los más de 400 alumnos de esa escuela y en particular a mis compañeros del salón haciendo gestos, me entró el pánico y no pude ni concluir la primera estrofa.

»Esos momentos de mi vida escolar nunca se me olvidaron. En secundaria no participé en actividades cívicas porque me daba pánico hablar en público. Cuando empecé a trabajar como profesor, me propuse hacer dos cosas: poner los libros al alcance de los padres y de los niños y, por otra parte, dejar un micrófono ahí, en medio de la explanada, para el que quisiera leer, lo hiciera. Serán traumas, si quieren llamarle así, o ganas de desarrollar el talento en sus niños y la imaginación en ustedes. El punto es que, de algo habrá servido porque más de una de ustedes llega al librero, escoge un libro y se sienta a leerlo. A veces toca mi puerta en la dirección y me solicita llevárselo a su casa. Y en el caso de sus hijos, sobran manos levantadas para declamar Bandera de México o para leer algunas efemérides en la ceremonia del Lunes social.

Aquel singular director de la escuela primaria contó su experiencia, la real, la acontecida. No tuvo

que echar mano de las historias personales de los grandes novelistas de la historia universal ni de los profesores famosos. La narración fue el punto de encuentro entre las madres de familia (el otro) y él. Descarnó su vida y obtuvo como respuesta permanente la aceptación y la presencia de ellas a esas juntas oficiales que pronto se convirtieron en un foro de relatos. El profesor Rubén es un creyente, al igual que poetas y escritores, de que los libros arrinconan la soledad, no le dan tregua. Saber leer es acompañarse de algo, de alguien, no vivir solo. Y los libros, y más cuando son buenos, ahuyentan ese sentimiento.

Marco Antonio no ha bajado a ese plano de encuentro. No se ha sentido movido ni conmovido por los estudiantes o los padres de familia, por ello, aun desarrollando su actividad de enseñante, aun estando día a día en el salón de clases, aun esforzándose por aplicar algunos recursos didácticos y buscar hacer un poco más divertida su clase, no ha ocurrido, en términos de la expresión de Ramón Mínguez (Comunicación personal, febrero de 2020) que se haga cargo de la realidad. Para hacerse cargo de ella –afirma Mínguez– cabe preguntarse:

¿Qué ve en la realidad familiar?, ¿qué desvela, ¿qué analiza, qué verdad (o verdades) oculta la realidad del entorno familiar que impide la promoción educativa del joven talentoso? Lo primero es ver y comprender, antes de actuar. Pero solo si el docente trae esa vena de educador que reconocemos en la pedagogía de la alteridad, podrá descubrir qué situaciones familiares y contextuales hacen sufrir; es decir, ver el sufrimiento del otro.

Para no olvidar a los olvidados no basta con ver la realidad e interpretarla a la luz del potencial que tiene el acto de educar en esas zonas marginales. No basta y del mismo modo no hay manera de encontrar los modos sin ese principio básico. El encuentro es imperioso y el relato una manera de entender mejor la vida que ahí se vive. El padre de Malala, educador por excelencia, no lo explicó de esta forma en aquel enrarecido contexto del valle de Swat, pero su compromiso social y político fue fundamental para potenciar los talentos. Al menos para Malala y para algunas otras decenas de niñas, la educación sí fue una vida de ruptura del círculo. Esa conciencia de estar es lo que se espera de un profesor como Marco Antonio, claro, si está tocado por la vocación, y esa manifestación de las emociones es más personal que la pasión.

Referencias

- Dubet, F., y Martuccelli, D. (1996). *La escuela: Sociología de la experiencia escolar*. México: Losada.
- Salazar, M., López, L., y Robles, N. (2019). *Educación en la frontera vulnerable: Narrativa sobre desigualdad social en Tijuana*. México: CETYS Universidad.
- Ortega, P., y Garate, A. (2017). *Una escuela con rostro humano*. México: CETYS Universidad.
- Ruiz, C. (2017). *El laberinto de los espíritus*. Barcelona: Penguin Random House.
- Youzafzai, M., y Lamb, C. (2013). *Soy Malala*. México: Alianza editorial.

El educador es lo que hace: se inventa un mundo paralelo y desde él actúa, sin importar un fracaso, u otro, u otro, luego aparece el éxito, el logro. —AGR



Consulta este
y otros textos de la colección
“Educar desde el espacio que elegimos”
de Alberto Gárate Rivera.

